Año I — Núm. 42.

16 PAGINAS

SUPLEMENTO DE LOS DOMINGOS

LA RAZON

Buenos Aires, Agosto 24 de 1924.

DIRECCION
ADMINISTRACION:
Av. de MAYO 760

De RAMON GOMEZ DE LA SERNA

REALIDADES

LOS GALGOS

Una vez al año corren su copa los galgos. Es día de gran fiesta para el señorío y se come arroz con liebre en apetitoso almuerzo. Los galgos han salido despavoridos como radiogramas urgentes.

Los galgos ese día son flecha de sí mismos y tienen el trote incomparable de los arco iris.

Castilla y Andalucía coinciden en los galgos, esos esqueletos de perros que parecen husmear siempre un hueso.

El galgo siempre va de puntillas con aire de araña. Se le ve satisfecho de no ser pesado y de andar siempre en volandas, como si cabalgase sobre sí mismo.

Es el galgo como el alma en pena de otro perro o como el espíritu que busca una idea, cualquier idea, en el rincón que sea.

El galgo sabe dónde están los asuntos dramáticos de la vida y encuentra en su camada escondida algún pensamiento original que se oculta.

Los galgos de los pueblecitos castellanos tienen nombre hidalgo por que entre galgo e hidalgo hay poca diferencia.

El galgo de don Atanasio le representa perfectamente y lleva a don Atanasio esas cosas que sospecha sobre todo de la ciudad, que tienen una casilla en las afueras y a cuyas tapias se acerca mucho el galgo más sigiloso que nunca y haciendo disimuladamente que mira al suelo.

El galgo de don Salustiano lo trae de los campos desconocidos, a los que va y vuelve en un periquete, todos esos infundios de que se alimenta su imaginación y de los que no dice nunca nada. Se entienden el amo y el galgo como nadie y cuando llega de la excursión de «corre-ve-y dile» que ha hecho, su amo le mira como si le trajese algo y le acaricia para que lo suelte.

En la atmósfera de palo santo del comedor el hidalgo y el galgo cambian sus pensamientos. Entre los matorrales más ocultos ha encontrado un residuo de la antigua milarería o la huella de un amorío o de un crimen.

El galgo de don Alcestes es un galgo canela claro que se disimula entre las tierras porque corre, galgo que le trae la caza espiritual de cada día o sea ese goce de los horizontes claros, despejados y silenciosos de que vive el alma.

El galgo negro con manchas blancas de don Clemente es como el portavoz de las desgracias o sea el repartidor de esquelas de defunción de la casa Fernán Nuño, de todas esas defunciones que se han llevado en pocos años a todas sus hermanas, tías y sobrinas quedando sólo los varones de la casa más fuertes que las damas y con tipo de viudos de camafeo de azabache negro en la corbata. El galgo negro de don Clemente se para en todos los portales como si hubiese llamado a su aldabón y después entra en su zaguán a dejar una de esas esquelas de defunción que parece estar repartiendo siempre.

El galgo blanco y con una sola mancha de don Domiciano parece el galgo místico, un galgo de la guarda, el galgo que le trae las noticias del cielo y la idea de qué ruta lleva el diablo.

La encendida fe de don Domiciano necesitaba un galgo de esa especie, un galgo que supiese escalar el cielo y saltar las nubes como obstáculos de una carrera polar.

El galgo blanco con una sola mancha de don Domiciano busca los soportales de las iglesias y entra en los zaguanes de los conventos inquiriendo noticias divinas, alimentándose del alimento depurativo que mantiene viva la llama de su lengua.

Se podría decir que el galgo de don Domiciano, excediéndose en su celo de discípulo más que perro del clarividente don Domiciano, se atreve a beber del agua bendita de las pilas, sustanciando así algo de su fe de animal irredimido.

¿Y esa mancha negra que cubre un hueso de la frente del galgo blanco? Hay quien dice que es la huella del único pecado de su señor y hay quien dice que es la huella del pecado original, el único pecado que pesa sobre ese galgo que es compañero de un penitente y místico.

El galgo canoso de don Deogracias revela esa madurez que caracteriza a don Deogracias, tan sesudo como Séneca y tan sensato.

«Se ha quedado así de pensar» — dijo un día una muchacha del pueblo, señalando al galgo gris.

Todos los galgos son individualistas como de otra casta cada uno. Apenas se paran a hablar. No son de esos perros parlanchines, populacheros, que parecen que han salido sin capacho a hacer la compra para sus casas.

Los galgos a lo más cambian un «buenos días» o un «buenas noches» sobrio con los otros galgos que se encuentran. Jamás se cuentan entre sí las pobrezas de sus amos. Por eso son perros de hidalgo.

Ellos andan solo consigo mismos buscando inspiración, cazando nociones o buscando un medicamento urgente.

Los galgos agrandan el mundo con sus carreras y llenan la espesura de caminos que van a dar a los castillos que nadie encontró nunca.

Los galgos se sospechan que son los únicos que reciben aún la caricia de la dama encantada, pero guardan tanto la confidencia que no habrá quién lo sospecho.

Cuando hacen esa excursión misteriosa al palacio encantado es en esos días en que desaparecen muy de madrugada y cuando llega la noche no han vuelto ni a comer.

—¿Dónde habrá ido el galgo? — pregunta la dueña.

—¿Se habrá perdido? — pregunta el dueño.

—Los gitanos se fueron ayer — opina el criado, haciéndola respingar a la señora que dice:

—Los galgos no son perros de gitano.

Hasta que por fin se le encuentra al día siguiente dormido en un sofá como hijo que apoderándose de la llave de la puerta se ha ido de excursión galante y ha tardado en volver la tregua de la desilusión.

Los galgos perdidos, verdaderamente perdidos dan la vuelta al mundo en busca de su dueño y se asoman avoridos, anhelantes, viendo a ver si alcanzan por los faldones de la levita aunque sea la figura de su amo doblando ya la esquina lejana pero aun visible un minuto.

Los que recogen los perros perdidos casi nunca pillan un galgo. Los galgos encuentran posada en cualquier parte y saben refugios extraordinarios entre lo real y lo fantástico.

Los galgos son los perros del espíritu y de tal modo simbolizan lo espiritual que muchas de las figuras del Greco son galgos puestos en pie y traspuestos de anhelo místico como cuando dura mano puesta muy en lo alto y con un terrón entre los dedos hace saltar al galgo y como propendera a los cielos en su salto.

Perros desollados y como carneros muertos o gamos en su última esencia parecen seres famélicos en los que luce la inventiva.

Cuando yo me dedique a cazar musarañas estableciéndome ya en la casa rústica en medio de los campos, las cazaré con un galgo, el galgo siempre dispuesto, el galgo que se pone de pie y está pronto en cuanto el señor se levanta.

Para entonces reservo como título de un libro que contenga unos verdaderos diálogos en la expeditiva lengua de tirabuzón de lo raudo, este lema: «Hablando con mi galgo».

Sospecho y he sospechado siempre que la lengua rápida y veloz de aquellos a los que desató la lengua el Espíritu Santo, fué lengua de galgo, el animal puente entre lo real y lo espiritual, el animal prototipo de la estilización que el Egipto no supo prohijar bien, pero hacia el que propendió en todas sus estilizaciones del gato y del tigre.

Ramón Gomez de la Serna.

Madrid, Julio 1924.

LA RELIQVIA

CVENTO POR FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ

I

HABIAMOS quedado convenidos con el viejo Braulio en ir aquella mañana a ver las inscripciones de los indios. En el hotel nos habían dicho que eran interesantísimas y que ellas, junto con unos morteros hechos en la piedra, constituían un tesoro arqueológico casi desconocido. Por la noche, los planes de expedición se urdieron con gran entusiasmo, pero cuando al clarear el día fueron los mozos a despertar a los cuatro o cinco de la partida, el calor de la cama pudo más que la curiosidad, y nadie quiso levantarse.

Al golpear en mi puerta, ya estaba yo vestido y listo para salir. Aquellos iban a ser mis últimos días de veraneo y no quería desperdiciar la oportunidad de ver algo que valiese la pena. Salí al patio, y ya me estaba esperando el viejo, montado en una mula y teniendo del cabestro a un pequeño caballo serrano, inquieto y escarcecador, que no cesaba de tascar el freno.

—¿Mucho frío, don Braulio?

—Alguno, señor, entuavía se puede ver la escarcha.

—Bueno, vamos andando; mis compañeros le temen a los madrugones en la sierra y no han querido venir. ¿Habrá bajado ya el río?

—Tranquilito está, señor, mesmo como chico rezongón; ¡y viera el destrozo que ha hecho en las colonias!

Y al galope corto de las bestias, empezamos a andar por el camino flanqueado de talas, esquivando a veces los ganchazos en las ramas, y viendo a lo lejos, tenuemente iluminada por los primeros rayos del sol, la cinta color malva de la sierra

II

Tras mucho andar dimos, por fin, con el sitio indicado. Mi guía lo empezó a divisar desde lejos, y con el cabo del rebenque señalaba los lugares próximos. Aquella espiral que subía hasta la punta del cerro más distante, era la pirca de Conrado Funes, uno de los cercos de piedra más antiguos de la provincia; más acá pasaba el río La Cruz, manso y diáfano, oculto a trechos por los sauces de la orilla; a la izquierda, un grupo de viejos álamos se alineaban junto a las ruinas de una casa, y en el bajo, como florecillas blancas esparcidas en el césped, se alcanzaban a ver las ovejas, que pastaban sosegadamente.

Apeados junto a la piedra de las inscripciones, dí las riendas a Braulio y, siguiendo sus consejos, empecé a trepar por la pendiente. Las huellas en cuestión estaban en una peña enorme, monda y grisácea, que avanzaba sobre el río estrechando su cauce. A la altura de los ojos, y en un recodo del granito, se veían las famosas inscripciones. Bien pronto pude darme cuenta de que ellas no eran tales, y sí sólo rayas producidas, posiblemente, por el roce de la piedra y el agua, en una labor de quién sabe cuántos siglos. La semejanza con algunos rasgos de letra era, por otra parte, muy marcada.

—Me parece, don Braulio, —le grité, poniéndome de pie en la piedra— que por aquí no han pasado más indios que nosotros.

—¡Quién sabe, señor! Yo pa mí tengo que esos son escritos de indios.

—¿Y los morteros?

—Estos son.

Y con el rebenque me señalaba tres o cuatro hoyos perforados en la roca, redondos y perfectamente simétricos. Sobre ellos y formando como un irregular alero, se levantaba una arista del peñón, llena de grietas. Le hice ver a Braulio que en vez de morteros de indio, que ningún objeto hubieran tenido en aquellas piedras redondas por el río, bien podrían ser hoyos hechos por el agua, al caer, incesantemente, de aquellas crestas agrietadas.

El viejo guía movió la cabeza con cierta incredulidad, y me hizo notar que eran ya más de las doce.

—Lucido descubrimiento, don Braulio; pero ¿qué importa que estos rastros sean obra del indio o de la naturaleza? Lo cierto es que el deseo de conocerlos nos ha traído a este hermoso rincón. ¿Tiene algo en las alforjas? Podíamos comer a la sombra de estos espinillos.

—Como guste, señor. Voy a manear la mula.

Y se alejó, encorvado y dando traspiés, deseoso de satisfacer en lo posible mi pedido.

III

El viejo Braulio había sido nuestro guía durante la temporada. Pequeño y enjuto, tenía los ojos negros, alargados y tristes; la frente amplia, fugitiva; el cabello lacio y obscuro, y el cuello tan rugoso, que parecía un montón de viejas ramas desecadas. Las manos, largas y nudosas, temblábanle constantemente, y cuando lo veía caminar, agobiado por los años, deshilachado el traje, débiles e inciertas las piernas, sentía una compasión cariñosa y dulce por el pobre viejo. Al principio lo noté un poco hostil y desconfiado, pero bien pronto nos hicimos buenos amigos.

Aquel día, don Braulio estaba más silencioso que nunca. Se sentó a mi lado y empezamos a comer, en la apacible serenidad de los campos, las pocas viandas que, a mis indicaciones, había traído en las alforjas. Hacía mucho calor y varias veces fuimos hasta el río, para beber, juntando las manos a manera de vaso, del agua clara y translúcida de la corriente.

Como el sol era cada vez más fuerte y en aquel reparo de piedras no soplaba nada de viento, decidimos quitarnos los sacos y hacer con ellos almohadas para nuestras cabezas. Al ir don Braulio a desabrocharse el suyo, sus dedos se engancharon en algo que lo rodeaba el cuello y que, con nervioso ademán, quiso ocultar con ambas manos.

—¿Algún amuleto, don Braulio?

El viejo se ruborizó y bajó los ojos, avergonzado. Luego, como le reconviniera en voz cariñosa, transigió en mostrarme lo que aun protegían sus temblorosos dedos. Pero antes me miró con fijeza, como escrutando, intentras me decía pausadamente, con honda unción religiosa:

—Hay cosas en la vida, señor, que deben guardarse para uno solo. Lo fué el más feliz de toda su vida. Cuan contrario sería profanarlas. Por eso naides dije mi dolor, pero ya que usted ha sorprendido a medias mi secreto, no quiero que me crea un tercio un desagradecido. Miro.

Y después de limpiar con la manga de la camisa un antiguo dije de metal, lo puso ante mis ojos, con mano vacilante. Era un pequeño retrato, borroso y ajado por el tiempo, donde apenas podían distinguirse los rasgos de una mujer peinada a la antigua

Levanté los ojos para mirar a don Braulio. Este me observaba con una curiosidad ansiosa.

—¿Era linda, verdad?

—Sí que debía serlo. ¿Dónde la conoció usted?

—Aquí mismo, por mi desgracia. Desde entonces acá no he sabido lo que es ser feliz.

Y a mis instancias, don Braulio abrió su corazón a la confidencia, en tanto que el sol doraba los campos y las piedras, y las cigarras, bajo las ramas de los árboles, empezaban a chirriar desesperadamente.

IV

Se llamaba Juanita Riglos, y había venido a pasar las vacaciones en la sierra acompañada de su familia. Era joven y bonita, tenía los ojos azules las manos blanquísimas, el rostro pálido y triste. Nacida y criada en Buenos Aires, nunca sus ojos se habían dilatado ante la inmensidad verde de los campos, o la altura majestuosa de los cerros. Todo la admiraba y la seducía.

A Braulio le gustó desde el primer momento y ella no pareció ajena a esta espontánea inclinación del muchacho. El era en aquella época un rapaz fuerte y decidido. Trabajaba de arreador de mulas en un pueblo cercano, y como casi todos los días pasaba frente a la casa de los Riglos, llegó a conocerla y a entablar relación con ella.

Hoy era un nido de picaflor descolgado trabajosamente, que le ofrecía lleno de respeto; mañana, un collar de hermosísimos huevos de pirincho, o un panal de camoatí recién cortado, o piedrecitas lucientes de mica, o suaves pieles de nutria que, entre jornada y jornada, iba a ofrendarle, como a una virgen sagrada, con sus manos rústicas y varoniles.

Llegaron a quererse mucho. Ella le dijo una vez, que nunca había tenido novio en la ciudad y que no quería a él. Ese día

EN FUNCIONES EL NUEVO
DE IMPUESTOS INTER